MINISTERIO SACERDOTAL Y ALEGRÍA CRISTIANA

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v49i170.790>

Autor: *Cardenal Dionigi Tettamanzi*.
Arzobispo de Milán.

(Traducido del original italiano por el P.
Luis Iturrioz)

Es importante mostrar el rostro gozoso de Cristo en el desempeño del ministerio sacerdotal. El Cardenal D. Tettamanzi lo recuerda en homenaje a Pablo VI, tomando como base la exhortación *Gaudete in Domino*.

ESTUDIOS

El día 4 de septiembre de 2003, los sacerdotes de las Diócesis Lombardas se reunían en el recuerdo de un doble aniversario de Pablo VI: el 40° de su elección, de Arzobispo de Milán a Sumo Pontífice, y el 25° de su santa muerte. El Arzobispo cardenal de Milán, Dionigi Tettamanzi, dirigió a los presentes la relación que publicamos como expresión de que la revista *Seminarios* se une a la memoria de Pablo VI, al que consideramos *un regalo de Dios a la Iglesia y a la humanidad*, en palabras de Juan Pablo II.

Introducción: a la luz de la exhortación *Gaudete in Domino*

Nuestro encuentro tiene como tema el ministerio sacerdotal y la alegría cristiana. Como está reservado para nosotros, sacerdotes, la reflexión tiene que orientarse a nuestro mundo interior —a nuestro ser profundo, a nuestro “yo”, indeleblemente marcado por ese don de gracia que es el sacramento del Orden— y, al mismo tiempo, a nuestro mundo externo, caracterizado por nuestro vivir y actuar cotidiano, el del ministerio sacerdotal precisamente.

Nuestro encuentro se sitúa en el contexto de la grata y gozosa memoria del papa Pablo VI. Queremos recordar un doble aniversario suyo: el 40º de su elección, de Arzobispo de Milán a Sumo Pontífice; y el 25º de su santa muerte. Es entonces natural, más aún, es una necesidad del corazón reflexionar sobre el ministerio sacerdotal a la luz del magisterio y del testimonio personal de Pablo VI. Queremos que los labios y el corazón del Papa Montini nos ayuden a captar la íntima relación que debe existir entre nuestro ministerio sacerdotal y la alegría cristiana.

Dos razones –entre otras– nos dictan esta elección.

La primera, más inmediata y ligada a la experiencia cotidiana de cada uno de nosotros, viene dada por un desafío espiritual y pastoral que todos estamos llamados a afrontar. Es el desafío de saber establecer una relación armoniosa entre un ministerio que, no pocas veces, nos reserva dificultades, fatigas, cansancios, desilusiones, frustraciones, crisis, pruebas y sufrimientos de diversa índole, por un lado; y, por otro, la alegría como aspiración y necesidad inevitables de todo ser humano y, más precisamente, la alegría cristiana como don de gracia y, a la vez, como compromiso que el Señor confía a todos.

He hablado de “desafío” porque el verdadero problema es vivir el propio ministerio sacerdotal con esa libertad y responsabilidad madura que se muestra en la capacidad de “autodominio”, realizando una coexistencia acorde entre sufrimiento y gozo. A esto precisamente nos ayuda y anima Pablo VI: él, espíritu enriquecido de exquisita sensibilidad humana y evangélica y, por lo mismo, expuesto a un sufrimiento moral y espiritual fuera de lo común; y, al mismo tiempo, espíritu colmado de una vivísima fe: una fe que le infundía, no sólo confianza, seguridad y paz, sino un verdadero y auténtico gozo del alma. La cruz de Montini fue pesada, ciertamente. A su muerte, Arturo Carlo Jemolo declaró en una conmovida página haberlo visto siempre en la agonía de Getsemaní. Pero sabemos también que esta cruz no le restó alegría, sino que irradió un íntimo gozo en lo profundo del alma de Pablo VI.

La segunda razón, en expresa relación de Pablo VI con cuanto venimos diciendo, viene dada por la referencia a uno de los textos más bellos, originales y significativos de su magisterio, aunque de los más

olvidados y, de hecho, nunca citado. Es la exhortación apostólica *Gaudete in Domino*, dedicada precisamente a la alegría cristiana y publicada el 9 de mayo de 1975, en el contexto del Año Santo.

A este texto queremos remitirnos en nuestra hodierna reflexión sobre “ministerio sacerdotal y alegría cristiana”. Pienso que es también un modo concreto de reparar un culpable olvido. Hablando de este documento, un conocido sacerdote bresciano hacía notar: “Incluso cuando se publicó, obtuvo una acogida tibia y distraída. A los pocos días, ya estaba sepultado en un olvido casi total. Y eso que Pablo VI ha sido el primero y hasta ahora el único papa que ha hecho emanar un documento sobre tal asunto. Cuando vivía... Pablo VI fue blanco de críticas despiadadas. Era habitual juzgarlo inseguro, dubitativo, atormentado... Pero tiene que hacernos pensar el hecho de que un papa tan impugnado por su presunta tristeza haya proclamado la alegría... A pesar del inexplicable silencio, este documento mantiene una importancia fundamental. Se puede pensar, incluso, que llegue a contarse entre los más significativos del pontificado montiniano” (E. GIAMMANCHERI, *Alla scuola di Paolo VI. Apunti*. La Scuola, Brescia 2003, p. 49).

Una palabra introductoria aún. El que lee la Exhortación de Pablo VI –aunque esto vale para cualquier intervención y escrito suyo– no se enfrenta a un simple texto, sino que el texto mismo le traslada al mundo interior del Papa. Es un motivo añadido que nos estimula a conocer con más profundidad la exhortación *Gaudete in Domino*: la pluma de Pablo VI se nos muestra como una especie de “sacramento”, o sea, un signo que nos revela su alma y un instrumento que nos conduce a participar de sus sentimientos interiores y espirituales. Se trata, pues, de un texto extraordinariamente autobiográfico.

No entra en la lógica de nuestro encuentro presentar todos y cada uno de los contenidos de la exhortación *Gaudete in Domino*, y menos someterla a un análisis pormenorizado. Tratamos, más bien, de recavar en el texto del Papa para fijarnos en aquellos aspectos que pueden ayudarnos –directa o indirectamente– a repensar la relación entre las dificultades y fatigas ministeriales y la posibilidad, incluso el deber de la alegría cristiana, que para nosotros viene a ser alegría ministerial.

Todo esto, en un clima hondamente espiritual, tejido de escucha y de plegaria. En realidad, la primera palabra con que se abre la exhor-

tación no es del Papa, sino del apóstol Pablo: “Alegraos siempre en el Señor, porque Él está cerca de cuantos los invocan de veras” (Fil 4, 4-5; Sal 145, 18). Por su parte, Pablo VI nos dirige inmediatamente la invitación a la plegaria: “Os invitamos a pedir al Espíritu Santo el don de la alegría”. Estas breves y sencillas palabras afirman algo fundamental que nos adentra en el “misterio” de la alegría cristiana y que en la exhortación hallaremos por doquier: la equivalencia entre “alegría cristiana” y “alegría en el Espíritu Santo”. Es como decir que donde está el Espíritu Santo, allí hay alegría cristiana; y viceversa; donde hay alegría cristiana, allí anida el Espíritu Santo.

Carísimos hermanos en el sacerdocio: abramos nuestro espíritu para acoger la invitación y el mandato del Apóstol: “Alegraos en el Señor”. No nos cansemos de implorar, con humilde confianza, del Espíritu la alegría, uno de sus múltiples dones, uno de los más necesarios para nosotros y para nuestro ministerio.

Las primeras páginas de la exhortación de Pablo VI nos llevan a considerar la alegría en perspectiva humana, antropológica. De ahí el título del primer capítulo: “Necesidad de la alegría en el corazón de todos los humanos”. No nos detenemos en esta lectura humanista. Nos limitamos a poner de relieve cómo esta lectura, en una visión abierta e integral, desemboca en un horizonte religioso, trascendente, el confín de Dios. En este sentido cita el Papa la notísima experiencia –emblemática, por lo demás, para todos y siempre– expresada por San Agustín: “Nos has hecho, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en Ti” (*Confesiones*, I,1). El Papa concluye: “El hombre puede entrar de verdad en la alegría espiritual acercándose a Dios y apartándose del pecado. Sin duda alguna, “la carne y la sangre” son incapaces de conseguirlo (cfr. Mt 16, 17). Pero la revelación puede abrir esta perspectiva y la gracia operar esta conversión. Nuestro propósito es, precisamente, llevaros a las fuentes de la alegría cristiana. ¿Cómo podremos lograrlo sin ponernos todos ante la presencia de Dios, a la escucha de la Buena Noticia de su amor?”.

Y así, Pablo VI se emboca en una precisa y sugestiva presentación de la alegría cristiana en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. En ésta en particular nos fijaremos, adoptando una perspectiva bien definida: la contemplación del rostro de Cristo.

Contemplamos el rostro gozoso de Cristo

La contemplación del rostro de Cristo es, como es sabido, la perspectiva que Juan Pablo II nos ha indicado repetidas veces y, de modo particular, en la carta postjubilar *Novo millennio ineunte*. Fijar la mirada en el rostro del Señor es, según el Papa, el origen, la fuerza y el estímulo permanente de la misión de la Iglesia y, en ella, de toda nuestra actividad espiritual y pastoral. No desistamos de mirar a Cristo, porque ésta, y no otra, es la perspectiva central que cualifica nuestra espiritualidad e, inseparablemente, nuestro ejercicio pastoral o ministerial.

También Pablo VI adopta esta perspectiva pidiendo a todos que, si quieren tener una alegría completa, se vuelvan a Jesús con absoluta confianza. Cita concretamente el conocido pasaje de la carta a los Hebreos: “También nosotros... corramos con perseverancia en la carrera que se nos abre por delante, con los ojos fijos en Jesús, autor y perfeccionador de la fe, el cual, animado por el gozo que le esperaba, soportó la cruz sin cobardía y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Pensad atentamente en aquel que soportó en su persona tanta hostilidad de parte de los pecadores, a fin de que no os dejéis abatir por el desaliento” (Heb 12, 1-3).

El significado de una perspectiva contemplativa

Si queremos releer las páginas de la exhortación de Pablo VI en esta óptica es, ante todo, para obviar el riesgo de una aproximación superficial e inadecuada. En realidad, no se trata de hacer sencillamente una lectura del texto, ni de someterlo a una reflexión o a un estudio preciso: todo esto es útil y necesario. Se trata de hacer algo más. A través del texto, debemos situarnos ante Cristo Señor en una relación muy concreta, personal y viva: una relación total y totalizante, que implica mente, corazón y alma. Es el mismo Jesucristo el que nos introduce en el secreto de su alegría. Lo hace otorgándonos la posibilidad –la gracia– de comprender de manera sencilla y clara la íntima naturaleza, la esencia misma de la alegría cristiana, una alegría que nace y crece únicamente de la unión con Cristo. Está en cuestión, pues, la identidad de la alegría cristiana, su novedad, originalidad, singularidad. Como escribe Pablo VI: “En su esencia, la alegría cristiana es par-

ticipación espiritual en la alegría insondable, divina y humana al mismo tiempo, que hay en el corazón de Jesucristo glorificado”.

La contemplación del rostro de Cristo, además, nos introduce en el secreto de la alegría de Jesús porque nos abre al “misterio” mismo de su persona, de su ser “verdadero Dios y verdadero hombre”. Con una ulterior y formidable consecuencia que toca al hombre en cuanto tal: la contemplación del rostro gozoso de Cristo nos permite captar también, en su entera verdad, la alegría humana. En efecto, la mirada a Cristo se refracta en una mirada al hombre y su “misterio”, desde el momento en que la encarnación del Verbo eterno de Dios ha establecido un vínculo y una compenetración indisociables entre Cristo y el ser humano, como ha subrayado espléndidamente el Concilio: “Cristo, que es el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre su altísima vocación” (*Gaudium et spes*, 22). Este aspecto significa mucho para nosotros. En el misterio de Cristo hay un lugar para la alegría humana. Es más, sólo en el misterio de Cristo la alegría humana puede conocer y vivir su plena y auténtica verdad.

En fin, la perspectiva de la contemplación del rostro de Cristo nos permite resumir la amplitud que Pablo VI dedica al Espíritu Santo como fuente de la alegría cristiana. El Espíritu, en efecto, con su presencia y acción no hace sino “dibujar” el rostro de Cristo en el cristiano, es decir, imprimir profundamente y desarrollar incesantemente sus rasgos espirituales, entre ellos la alegría. El Espíritu nos “cristifica”, nos conforma a Cristo, también bajo el perfil de su alegría.

La alegría humana de Cristo

Una primera etapa de nuestra contemplación del rostro gozoso de Cristo es el aspecto de su humanidad. Él, verdadero hombre, hombre perfecto, es capaz de experimentar una alegría propiamente humana. Lo dice así Pablo VI: “Detengámonos a contemplar la persona de Jesús en el curso de su vida terrena. Él ha experimentado en su humanidad todas nuestras alegrías. Él palpablemente ha conocido, apreciado, ensalzado toda una gama de alegrías humanas, de esas alegrías sencillas y cotidianas que están al alcance de todos. La profundidad de su vida interior no ha mitigado el realismo de su mirada ni su sensibilidad. Admira los

pájaros del cielo y los lirios del campo..., pondera de buena gana la alegría del sembrador y del segador; la del hombre que halla un tesoro escondido; la del pastor que encuentra su oveja perdida o de la mujer que halla la dracma; la alegría de los invitados al banquete, la alegría de las bodas; la alegría del padre que recibe a su hijo al retorno de una vida pródiga; la de la mujer que acaba de alumbrar a un niño”.

La humanidad, de la que está profundamente signada la alegría de Jesús, no es, empero, una humanidad cerrada y replegada sobre sí misma y, menos aún, aprisionada en el exclusivo saboreo del placer material. Es una humanidad abierta, dilatada por la entera riqueza personal, por su riqueza espiritual y religiosa en particular. Por eso el Papa prosigue así su exhortación: “Estas alegrías humanas tienen para Jesús tanta mayor consistencia en cuanto son para Él signos de las alegrías espirituales del Reino de Dios: alegría de los hombres que entran en este Reino, vuelven a él o trabajan en él; alegría del Padre que los acoge... Le hace feliz, sobre todo, el ver que la Palabra se acepta, que los endemoniados se liberan, que una mujer pecadora o un publicano como Zaqueo se convierten, que una viuda extrae de su pobreza para dar...”

El mismo Jesús no se concedió tregua alguna en anunciar el evangelio de la salvación a los pobres y a los afligidos el consuelo. El Evangelio de san Lucas brinda un particular testimonio de esta abundante siembra de alegría. Los milagros de Jesús, sus palabras de perdón son otras tantas muestras de la bondad de Dios: la muchedumbre entera se alegra por tantos prodigios como hace (Lc 13, 17) y da gloria a Dios. El cristiano, lo mismo que Jesús, tiene que vivir agradeciendo al Padre las alegrías humanas que le regala el Creador”.

La alegría humana de Cristo puede y debe constituir un gran mensaje para nosotros. Si por una parte afirma que la alegría es vocación esencial de la existencia humana, por otra llama la atención sobre la amplitud de los bienes y valores de los que puede y debe nutrirse.. En este sentido, el Papa nos recuerda que la aspiración universal a la felicidad encuentra “su expresión más noble en la alegría o felicidad en sentido estricto, cuando el hombre, a nivel de sus facultades superiores, encuentra su satisfacción en la posesión de un bien conocido y amado” (S. Th I-II, 31, 3). Pablo VI hace aquí una referencia cultural, inmediata e incisiva, a nuestros días: “La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero difícilmente logra

generar la alegría. Porque la alegría tiene otro origen. Es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción y la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos...”.

Hay un dato más que no podemos pasar por alto: que el ser humano es frágil, un ser caído y siempre decadente. Y esto no puede dejar de repercutir en la alegría del ser humano. El Papa escribe al respecto: “Pero, ¿cómo no ver también que la alegría es siempre imperfecta, frágil, quebradiza? Por una extraña paradoja, la misma conciencia de lo que constituye, más allá de todos los placeres transitorios, la verdadera felicidad, conlleva la certeza de que no hay dicha perfecta. La experiencia de la finitud, que cada generación comienza a vivir por cuenta propia, obliga a constatar y a sondear la distancia inmensa que separa la realidad del deseo de infinito”.

Pero es posible, necesario incluso, avanzar un paso más y recordar la amarga experiencia del mal y del pecado, con su inevitable repercusión en la alegría. No es menos necesario recordar luego la experiencia de una victoria sobre el mal y sobre el pecado ligada a la redención purificadora y santificante que nos otorga el Señor Jesús. La alegría humana herida es por Él sanada, la alegría humana perdida es por Él encontrada y renovada.

La absoluta novedad y singularidad de la alegría de Cristo

Entramos en una segunda etapa de la contemplación del rostro gozoso de Cristo: la que nos concentra en su singularidad y nos permite captar, en lo humanamente posible, el “secreto” insondable, la absoluta novedad y originalidad de la alegría de Cristo. Es su “misterio” el de “una persona de dos naturalezas” (Cfr. Concilio de Calcedonia, año 451) –el misterio de la unión íntima e indisoluble de los dos “polos”: el Verbo y la carne, la gloria divina y su tienda entre los hombres (Jn 1, 14)– que se refleja en su alegría, constituyéndola –en el mundo y en la historia– como alegría del todo singular, única. Cedamos la palabra a Pablo VI: “Es importante que entendamos bien el secreto de la alegría insondable que Jesús lleva dentro y que le es propia. Es, sobre todo, el evangelio de san Juan el que nos descubre el velo y nos confía las palabras íntimas del Hijo de Dios hecho hombre. Si Jesús

irradia tanta paz, tanta seguridad, tanta alegría, tanta disponibilidad, se debe al amor inefable con que se sabe amado por el Padre. Desde su bautismo en las riberas del Jordán, este amor, presente desde el primer instante de su Encarnación, se hace manifiesto: “Tú eres mi hijo predilecto, en ti me complazco” (Lc 3, 22). Esta certeza es inseparable de la conciencia de Jesús. Es una Presencia que nunca lo deja solo (cfr. Jn 16, 32). Es un conocimiento íntimo que le llena: “El Padre me conoce y yo conozco al Padre” (Jn 16,32). Es un intercambio incesante y total: “Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío” (Jn 17, 19). El Padre ha dado al Hijo el poder de juzgar y el de disponer de la vida. Entre ellos se da una inhabitación recíproca: “Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (Jn 14, 10).

Por su parte, el Hijo tiene para con el Padre un amor sin medida: “Yo amo al Padre y hago lo que el Padre me ha mandado” (Jn 14, 31). Hace siempre lo que place al Padre: ésta es su “comida” (Jn 8, 29; 4, 34). Su disponibilidad llega hasta la entrega de su vida humana, su confianza hasta la certeza de recobrarla: “Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida, para luego recobrarla” (Jn 10, 17). En este sentido, Él se alegra de ir al Padre. No se trata, para Jesús, de una efímera toma de conciencia: es la resonancia, en su conciencia de hombre, del amor que Él conoce desde siempre, en cuanto Dios, en el seno del Padre: “Tú me has amado antes de la creación del mundo” (Jn 17, 24). Se expresa aquí un amor mutuo, que no puede comunicarse, porque se identifica con su existencia de Hijo, y es el secreto de la vida trinitaria: el Padre aparece en ella dándose al Hijo sin reservas ni intermitencias, en un palpitante de generosidad gozosa, y el Hijo, dándose de la misma manera al Padre con un impulso de gozosa gratitud, en el Espíritu Santo”.

La contemplación del misterio de la alegría de Cristo no puede menos de suscitar en nosotros toda una gama de sentimientos profundos: maravilla, estupor, admiración, gratitud, alabanza, alegría espiritual. Sentimientos que debemos excitar y vivir todos en el signo de una gran humildad, conscientes de que sólo a quien es “pequeño” en el sentido evangélico se le desvelan los misterios del Reino de Dios. De alguna manera –porque así ha querido el Padre– se le admite a la intimidad de la relación entre el Hijo y el Padre: “Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11, 27).

Llamados a participar en la alegría de Cristo

Iniciamos una tercera etapa. La contemplación de Cristo conduce a los “pequeños” a verse implicados, de manera estupenda y absolutamente inmerecida: la gracia de Dios los llama a participar realmente del misterio de la misma alegría de Cristo, que da su corazón pasa ahora al corazón del cristiano en el que habita. Escribe Pablo VI: “Los discípulos y todos cuantos creen en Cristo están llamados a participar de esta alegría. Jesús quiere que sientan en su interior la plenitud de su gozo (Jn 17, 13): ‘Les he dado a conocer quién eres, y continuaré dándote a conocer, para que el amor con que me amaste pueda estar también en ellos, y yo mismo esté en ellos’ (Jn 17, 26).”

Prosigue el Papa mostrando algunas situaciones y condiciones en que se desenvuelve la alegría en el discípulo de Cristo: “Esta alegría de habitar en el amor de Dios comienza ya aquí. Es la alegría del Reino de Dios. Pero es una alegría a la que se accede por un camino áspero, que requiere una confianza plena en el Padre y en el Hijo y dar preferencia a las cosas del Reino. El mensaje que Jesús promete, la alegría ante todo, esta alegría exigente: ¿no se abre con las bienaventuranzas? “Dichosos vosotros, los pobres, porque es vuestro el Reino de Dios. Dichosos vosotros, los que ahora pasáis hambre, porque quedaréis saciados. Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis” (Lc 6, 20-21).

En este momento, el Papa introduce el acontecimiento de la pasión, muerte y resurrección de Jesús para mostrar su repercusión en la alegría cristiana. Para manifestar una obediencia íntegra y filial al Padre, Jesús acepta morir en una cruz. Pero el Padre no permite que la muerte lo retenga en su poder. Lo resucita, sellando así el valor del sacrificio de la cruz y testimoniando su fidelidad a la plegaria que el Hijo le dirige antes de entrar en la pasión: “Padre, glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique” (Jn 17, 1). “Desde entonces –escribe el Papa– Jesús vive para siempre en la gloria del Padre, y por eso los discípulos se sintieron afianzados en una alegría imperecedera al ver al Señor el día de Pascua”. Y concluye: “Por eso, aquí en la tierra, la alegría del Reino, hecho realidad, sólo puede brotar de la celebración conjunta de la muerte y resurrección del Señor. Es la paradoja de la condición cristiana, que esclarece de manera singular la condición humana: ni la prueba ni el sufrimiento se eliminan de este mundo, pero

adquieren un nuevo sentido en la certeza de que forman parte de la redención llevada a cabo por el Señor y de compartir su gloria. Por eso el cristiano, sometido como todos a las dificultades de la vida, no queda, sin embargo, reducido a buscar su camino a tientas, ni a ver en la muerte el final de sus esperanzas.... En el anuncio gozoso de la resurrección, la pena misma del hombre se ve transfigurada, mientras la plenitud de la alegría brota de la victoria del Crucificado, de su Corazón traspasado, de su Cuerpo glorificado, y esclarece las tinieblas de las almas: *Et nox illuminatio mea in deliciis meis (Pregón pascual)*".

El Espíritu Santo, origen de la alegría de la Iglesia

Se abre ahora una etapa más de la alegría cristiana: la de Jesús resucitado que envía a los suyos el Espíritu Santo para permanecer con ellos. Escribe Pablo VI: "La alegría pascual no es sólo la de una transfiguración posible: es la de una nueva presencia del Cristo resucitado que envía a los suyos el Espíritu Santo para que siempre esté con ellos. Así, el Espíritu Consolador es dado a la Iglesia como principio inagotable de su alegría de esposa del Cristo glorificado... Él hace en nosotros su morada: *dulce huésped del alma* (Secuencia de la Solemnidad de Pentecostés). Con él habitan el Padre y el Hijo en el corazón del hombre (Jn 14, 23). El Espíritu arranca del corazón humano una plegaria filial que brota de lo íntimo del alma y se expresa en alabanza, en acción de gracias, en reparación y en súplica. Entonces podemos gustar la alegría propiamente espiritual, que es un fruto del Espíritu (Rom 14, 17; Gal 5, 22): consiste esta alegría en que el espíritu humano halla reposo y una íntima satisfacción en la posesión de Dios Trino, conocido por la fe y amado por la caridad que de Él proviene. Las pequeñas alegrías humanas, que constituyen en nuestra vida como el germen de una realidad más alta, quedan transfiguradas..."

La contemplación del rostro gozoso de Cristo conoce otras etapas, además de las hasta ahora señaladas. Estas etapas encuentran muy interesantes elementos y sugerentes insinuaciones en la exhortación *Gaudete in Domino*. Por ejemplo, el capítulo dedicado a "la alegría en el corazón de los santos". Es siempre el misterio de la alegría de Cristo que se refleja vivo, concreto, variado en los miembros de su Iglesia, comenzando por la Virgen María: "La más cercana a Cristo, ella reca-

pitula todas las formas de alegría, vive el gozo perfecto prometido a la Iglesia: *Mater plena sanctae laetitiae*; y con toda razón sus hijos de la tierra, volviendo los ojos a la madre de la esperanza y madre de la gracia, la invocan como causa de su alegría: *Causa nostrae laetitiae*". El Papa evoca luego, de manera especialísima y tanto más significativa, la alegría propia de los mártires, concentrando al fin su atención en tres figuras "muy atrayentes todavía hoy para todo el pueblo cristiano": el Pobrecillo de Así, santa Teresa de Lisieux, Maximiliano Kolbe.

La alegría cristiana, componente esencial del ministerio sacerdotal

Lo que hasta ahora hemos dicho acerca de la contemplación del rostro gozoso de Cristo sirve, obviamente, para todos los cristianos. También, pues, para nosotros, presbíteros. Para nosotros, con un título propio y peculiar: en relación a nuestra específica vocación y misión en la Iglesia.

En su exhortación, Pablo VI reserva una alusión particular a los pastores y a los sacerdotes. Hablando de la alegría cristiana como "alegría para todo el pueblo", escribe: "Pero el pueblo de Dios no puede avanzar sin guías. Son los pastores, los teólogos, los maestros de espíritu, los sacerdotes y cuantos colaboran con ellos en la animación de las comunidades cristianas. Su misión es ayudar a sus hermanos a escoger los senderos de la alegría evangélica, en medio de las realidades que constituyen su vida y de las cuales no se pueden evadir".

A la hora de presentar la gracia y la responsabilidad típicas del presbítero en el seno del pueblo de Dios acerca de la alegría cristiana, pienso que puede resultar útil recurrir al *triplex munus* que el sacramento del Orden nos confía: el de la Palabra, el del Sacramento y el de la vida en la caridad de Cristo. En este sentido podemos decir que estamos habilitados y comprometidos, como sacerdotes, a "anunciar", "celebrar" y "testimoniar" la alegría cristiana. Nos limitamos a hacer algún leve apunte para detenernos particularmente en la obligación del testimonio.

“Anunciadores” de la alegría cristiana

Nuestro primer compromiso es el de ser pregoneros de la alegría cristiana. Y esto significa, esencialmente, anunciar la persona de Jesucristo como fuente, contenido, sentido y meta de la alegría.

Pablo VI lo repite continuamente, con la convicción que le viene de la fe y con un entusiasmo excepcional: “El cristianismo es alegría”. La fe es alegría. La gracia es alegría. Cristo es la alegría, la verdadera alegría del mundo” (29 marzo 1964). “Cristo es nuestra felicidad” (17 abril 1968); Cristo, recordémoslo, es la alegría” (19 abril 1972). La alegría del creyente viene de Cristo resucitado y de su Espíritu: “El creyente, aquel que ha logrado encontrarse con Cristo resucitado, debería tener siempre dentro el carisma del gozo. El gozo, con la paz, es el fruto primero del Espíritu” (25 abril 1970); “Puede decirse que la alegría, la alegría verdadera, la de la conciencia, la del corazón, es un tesoro propio del cristiano, del que de veras cree en Cristo resucitado, se une a él, vive de él. Una alegría transparente, que no siempre encontramos en aquellos que interpretan la exigencia del Evangelio” (19 abril 1972).

Al anunciar la alegría cristiana –como alegría que se resuelve totalmente en la persona viva de Cristo y en el encuentro y comunión con él– estamos llamados a mostrar que la absoluta novedad y originalidad de esta alegría no destruye ni desvirtúa la realidad, la consistencia, el espesor humano de la alegría, sino que es su garantía más sólida y su incentivo más fuerte.

La afirmación luminosa del Concilio: “El que sigue a Cristo, el hombre perfecto, se hace a sí mismo más hombre (*et ipse magis homo fit*) (*Gaudium et spes*, 41), encuentra una indudable aplicación al ámbito de la alegría. De ello da prueba formidable el cristiano santo, gravado, sí, por la cruz, incluso la más pesada, pero nunca gravado por la falta de alegría. Es el caso de los mártires.

Al respecto, escribe Pablo VI: “Después de María, la expresión más pura y ardiente de la alegría la encontramos allá donde la Cruz de Jesús es abrazada con el amor más fiel: en los mártires, a quienes es Espíritu Santo inspira, en el momento crucial de la prueba, una espera apasionada de la venida del Esposo. San Esteban, que muere viendo el cielo abierto, es el primero de los innumerables testigos de Cristo. También en nuestros días y en numerosos países, cuántos son los que,

arriesgándolo todo por Cristo, podrían afirmar como el mártir san Ignacio de Antioquia: Os escribo mientras estoy aún vivo, pero deseo morir. Mis deseos terrenos han sido crucificados y ya no hay en mí una llama de amor a la materia, sino un agua viva que murmura y dice en mi interior: Ven al Padre” (*Epistola ad Romanos*, VII, 2).

Lo que con más énfasis debemos subrayar es la naturaleza original de este anuncio de la alegría cristiana. No se trata de la simple transmisión de una noticia y, por lo mismo, de presentar una verdad. Se trata de comunicar el Evangelio, la “buena noticia”, que acontece siempre y sólo en la fe y, por tanto, interiormente y a través de una experiencia concreta de vida evangélica. En este sentido, la evangelización nace, se plasma, se vivifica y fortifica en la contemplación del rostro de Cristo. Sí, estamos en el ámbito de una experiencia de vida; y como tal se comunica a los demás y puede “contagiarles” hasta llegar a ser una experiencia común y compartida. Así nos lo recuerda el “prólogo” de la I Carta de Juan: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han tocado nuestras manos, o sea, el Verbo de la vida..., lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos estas cosas para que vuestro gozo sea completo” (I Jn 1, 1-4).

Llamados a “celebrar” la alegría cristiana

Se anuncia la Palabra, sí, pero es la Palabra hecha carne, hecha carne crucificada y gloriosa. La Palabra es el mismo Jesucristo, que nos sale al encuentro, se nos manifiesta y se nos da en el Sacramento. Como escribía San Ambrosio dirigiéndose a Cristo: “Tú te me has mostrado cara a cara, oh Cristo: yo te encuentro en tus Sacramentos” (*Apología del profeta David*, 12, 58).

De este modo, por su naturaleza y en virtud de su intrínseco dinamismo, el anuncio de la Palabra culmina en la celebración del Sacramento y en la plegaria. En este sentido, nosotros, sacerdotes, estamos llamados a ser aquellos que celebran la alegría cristiana. La celebran, ante todo, en la acción sacramental y en la plegaria: en una plegaria que se expresa en sus conocidas vibraciones de acción de gracias, de alabanza, de súplica.

Nos limitamos aquí a destacar un triple acento presente en la exhortación *Gaudete in Domino*, sin hacer desarrollos particulares.

El primero hace referencia a la dimensión típicamente pascual de la alegría cristiana, fruto como es del misterio de muerte y resurrección de Jesús que se celebra en los Sacramentos y, en particular, en la Eucaristía. Escribe el Papa: “En la vida de los hijos de la Iglesia, esta participación en la alegría del Señor es inseparable del misterio eucarístico, en donde se alimentan de su Cuerpo y apagan la sed con su Sangre. Así sustentados, como viandantes por el camino de la eternidad, reciben ya sacramentalmente las primicias de la alegría escatológica”.

El segundo acento que se destaca es el sacramento de la Reconciliación. La alegría cristiana puede también conocer, y conoce de hecho, sus heridas e, incluso, sus caídas mortales. De ahí la invitación a la gracia por medio de la conversión (Mc 1, 15), que el Papa define como un “ponerse y avanzar en el buen camino de la libertad y de la alegría verdaderas”. Y se pregunta: “¿Hay, acaso, un peso más opresivo que el pecado? ¿una angustia más desolada que la del pródigo, descrita en el evangelio de san Lucas? Por el contrario, ¿hay un encuentro más emocionante que el del Padre, paciente y misericordioso, y el hijo que ha vuelto sobre sus pasos? “Habrà en el cielo más gozo por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan conversión” (Lc 15, 7). Y, fuera de Cristo y de su Madre Inmaculada, ¿quién está sin pecado?” Y concluye llamando a “redescubrir el sentido y la práctica del sacramento de la Reconciliación. Siguiendo las pautas de la mejor tradición espiritual, Nos, recordamos a los fieles y a sus pastores que es necesaria la acusación de las culpas graves y que la confesión frecuente sigue siendo un hontanar privilegiado de santidad, de paz y de alegría”.

El último relieve se da a la celebración del Día del Señor como “preparación de la Fiesta eterna”. Es significativo que el Papa le dedique las frases finales de su exhortación. Escribe: “Nuestra última palabra en esta Exhortación es una llamada urgente a todos los responsables y animadores de las comunidades cristianas: que no teman insistir a tiempo y a destiempo en la fidelidad de los bautizados a la celebración gozosa de la Eucaristía dominical. ¿Cómo podrían olvidarse de este encuentro, de este banquete que Cristo nos prepara con su amor? ¡Que la celebración sea dignísima y festiva al mismo tiempo! Es Cristo, cru-

cificado y glorioso, el que se hace presente en medio de sus discípulos para conducirlos juntos a la renovación de su Resurrección. Es la cumbre, aquí en la tierra, de la Alianza de amor entre Dios y su pueblo: signo y fuente de alegría cristiana, preparación de la Fiesta eterna”.

“Testigos” valientes de la alegría cristiana

Por fin, como sacerdotes, estamos llamados a ser testigos de la alegría cristiana. Testigos que la proclaman con la vida. Testigos que educan a los demás y les ayudan a llevar una vida cristianamente gozosa.

Es interesante advertir, ante todo, que para Pablo VI, la alegría, como el bien, es contagiosa, algo que tiene en sí una fuerza expansiva. Para el cristiano resulta entonces un compromiso apostólico y misionero respecto a los demás. Escuchemos al Papa: “Situada en esta perspectiva (la eucarística), la alegría amplia y profunda, que ya en la tierra se derrama en el corazón de los auténticos fieles, no puede menos que aparecer como “difusiva de sí”, lo mismo que la vida y el amor, de los que la alegría es un síntoma feliz. Es el resultado de una comunión humano-divina y tiende a una comunión cada vez más universal. Jamás podría inducir a quien la prueba a replegarse en sí: la alegría procura al corazón una apertura católica hacia el mundo de los hombres, a la vez que le hace sentir, como una herida, la nostalgia de los bienes eternos”.

Pero nosotros, sacerdotes, podemos ser verdaderos y auténticos testigos de la alegría cristiana sólo si, y en la medida en que, seamos los primeros en poseerla y en vivirla. Se abre aquí un capítulo de lo más exigente y fascinante: el de una ascesis que ejercitar y una pedagogía que aprender personalmente para ser capaces, a nuestra vez, de hacernos maestros y guías que enseñen a otros a vivir la alegría cristiana.

Sobre esta ascesis y pedagogía, precisamente, encontramos alusiones de especial interés en la exhortación y, más ampliamente, en diversos escritos de Montini. Por ejemplo, al inicio mismo de la exhortación, el Papa escribe: “Sería necesario un esfuerzo paciente para aprender a gustar con sencillez las múltiples alegrías humanas que el Creador nos pone ya en el camino... La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales”.

Entre los elementos que los sacerdotes debemos incluir en esta labor educativa para la alegría, el entonces Arzobispo de Milán, carde-

nal Montini, recordaba, en una formidable meditación de un retiro espiritual para el clero el 1º de diciembre de 1960, el fervor sacerdotal. “El sacerdocio, decía, o se vive a elevada temperatura, y entonces es una bellísima y grandiosa realidad que llena de gozo a quienes lo viven, o se ejerce a tensión baja, tibia y lenta, y resulta entonces muy oneroso”. El primer peldaño de “esta escala que desciende” es –precisaba el Arzobispo– la pérdida del fervor. De aquí su recomendación de “mantener el alma ardiente: es aquello que los maestros de espíritu llaman el saber gozar de Dios”.

Y comentaba: “¡Gozar de Dios! ¡Qué palabra! Si fuéramos capaces de traducir también en dicha, en alegría, las cosas que celebramos, que nos pasan delante de los ojos... ¡Saber gustarlas! Somos impasibles... estamos un poco encallecidos. Hemos trabajado mucho tiempo y tenemos ya la sensibilidad adormecida, exhausta. Y debería, en cambio, también ahora, una vez más, refrescarse y hacerse nueva y primaveral.

¡Gozar de Dios! Qué bueno sería que nos regaláramos estos momentos que restauran el espíritu... El amor afectivo también tiene su importancia! Somos mejores cuando somos más fieles servidores o tratamos de serlo. Cumplimos nuestro deber, llevamos nuestra cruz, hacemos nuestras cosas... El Señor lo tendrá en cuenta, y es algo muy serio, nadie lo duda... Pero queremos poner también una nota de sentimiento, es decir, de amar con el palpito de nuestra pobre alma. Será nuestro corazón un violín envejecido; pero aún sabrá extraer un acento de alegría, de sentimiento, de conmoción ante la Eucaristía, ante la Virgen, ante cualquier misterio...

Detengámonos un momento a gozar... Necesitamos aprender a disfrutar de nuestras cosas. ¡Qué fuente de felicidad! ¿Quién podría ser más feliz que nosotros, Sacerdotes, que vivimos en medio de este mundo de maravillas? ¿Quién podría ser más dichoso y más idóneo para cantar, para entusiasmarse, para hacer lírica la propia vida, porque tenemos precisamente continuos motivos de exaltación interior, de belleza y de esperanza; también, si queréis, de temor, de dolor y de compunción? Nuestro espíritu debería sentirse continuamente conmovido. Pero donde debe conmoverse más es en su hecho central, el amor, la caridad. *Gustad y ved qué bueno es el Señor* (Sal 33, 9), *Qué deseables son tus moradas...*, *mi alma se consume y anhela los atrios del Señor* (Sal 83, 1-2)...”. (G. B. Montini, *Discorsi e scritti milanesi*, Brescia 1997, vol II, pp. 3952-3).

El testimonio de la alegría, más difícil, ciertamente, pero también más necesario para todos, lo expresábamos al inicio de nuestro encuentro con el término “desaffo” espiritual y pastoral. Se trata de pedir al Señor la gracia y la fuerza de vivir con ánimo sereno y gozoso las dificultades, las fatigas, las pruebas, los pesares de diverso género ligados a nuestro mismo ministerio sacerdotal.

Como sabemos, es éste un aspecto que el Señor Jesús ha indicado con claridad a sus discípulos al enviarles al mundo como misioneros y testigos de su Evangelio sin ocultarles las persecuciones ni el martirio. A este respecto, conviene volver a escuchar la palabra del apóstol Pablo, que en sus cartas, sobre todo en los pasajes más confidenciales, nos relata con absoluta franqueza su experiencia apostólica, tejida toda ella de persecuciones continuas y de alegrías profundas. Precisamente al inicio de su exhortación, cita Pablo VI el testimonio que el Apóstol legó a la comunidad de Corinto: “Os llevamos dentro del corazón compartiendo muerte y vida... Estoy tan lleno de consuelo que la alegría supera todas nuestras tribulaciones” (2 Cor 7, 3-4).

Deseo releer con vosotros un párrafo de la exhortación *Evangelii nuntiandi*, intercambiándonos fraternalmente la invitación y el deseo del Papa Montini: “Conservemos el fervor del espíritu. Mantengamos la dulce y confortante alegría de evangelizar, aún cuando haya que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo –como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los demás Apóstoles, como esa multitud de extraordinarios evangelizadores en el largo curso de la historia de la Iglesia– con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de sofocar. Que éste sea el mayor gozo de nuestras vidas entregadas. Que nuestro mundo –que se debate entre angustias y esperanzas– pueda recibir la Buena Nueva, no de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes y ansiosos, sino a través de ministros del evangelio cuya vida irradie el fervor de quienes han gustado primero la alegría de Cristo y aceptan jugarse la vida para que se anuncie el Reino y se implante la Iglesia en el corazón del mundo” (nº 80).

Una palabra final que encuentro en la conclusión de *Gaudete in Domino*: “Sería muy extraño que esta Buena Nueva, que suscita el alabanza de la Iglesia, no nos diese un aspecto de salvados. La alegría de ser cristiano, estrechamente vinculado a la Iglesia, “en Cristo”, en estado de gracia con Dios, puede colmar de verdad el corazón humano”.